

“La superación de la propia conducta como aporte generoso al futuro de la humanidad”

por

Germán Raffetti Bourgaud

1. Los seres humanos tenemos un espíritu, pensamos, sentimos, creamos, nos heredamos de nosotros mismos, y podemos cambiar por propia voluntad; maravillas de nuestra naturaleza que nos diferencian bastante de los reinos mineral, vegetal y animal; evidentemente, dentro de lo que es el Universo conocido, fuimos diseñados para hacer cosas grandes, o por lo menos tenemos esa posibilidad.

Con un increíble equipamiento biopsicoespiritual, los humanos llegamos a la vida y transitamos los primeros años físicos. En ese período, a lo que tengamos en nuestro haber individual al nacer, tanto lo positivo como lo negativo, se le sumarán, entre otras cosas, lo que vayamos heredando de la cultura, de la sociedad, del entorno y de la familia en que vivamos: valores, hábitos, prejuicios sociales y religiosos, modas, costumbres, normas, etc.

Pero no obstante el condicionamiento interno que en mayor o menor medida se produzca por estas imposiciones, al llegar a la vida adulta la realidad va demostrando a cada uno, se dé cuenta o no, que la responsabilidad sobre el gobierno de la propia conducta siempre ha sido (y es) indelegable. No importa desde donde se haya partido en la vida; las reglas del juego son así: se llega a ser en la vida aquello cuya propia capacidad permitió. La lucha que implica vivir, mas allá de las circunstancias y de las características del medio que nos rodee, fue, es y seguirá siendo eminentemente individual. Y esa lucha heroica por salir adelante en la vida a pesar de las dificultades indica que es inherente en el ser humano el

querer progresar, en lo que sea y como se pueda; buscar el camino a la felicidad, al bienestar, a concretar lo soñado.

2. Cuando se piensa en las conductas humanas suele tenerse la tendencia a mirar en primer término el proceder ajeno, la mayoría de las veces para censurarlo, las menos para destacarlo, y siempre para juzgarlo en base a lo que se sabe o se cree saber, con la medida de los propios prejuicios o creencias. Pocas veces se observa la conducta ajena positiva con el propósito expreso de ver qué puede uno aprender y acto seguido imitar hasta incorporarlo en la propia. Por otro lado, al calificar el propio quehacer la vara de medida suele no ser la misma, siendo muchas veces mas benévolo el juicio sobre sí mismo haciendo uso de justificaciones y atenuantes, cuidándose uno muy bien de destacar los agentes externos que “obligan” a uno a ser como se es o hacer lo que se hace.

¿Cómo definir qué es la conducta? Podría decirse que es **el conjunto de acciones de una persona a lo largo del tiempo. Acciones que son causadas por sus conocimientos, sus valores y sus pensamientos.** En base a este contenido trabaja su inteligencia, para defenderse, desarrollarse o sobrevivir según el medio en el cual vive, que le plantea pruebas y desafíos de diversa índole, unos mas extremos otros mas moderados. Consecuencias externas producto de causas internas. Lo que sale afuera es la consecuencia lógica de lo que está dentro. “Lo esencial es invisible a los ojos”, dijo Saint-Exupéry; “...aunque se lo puede ver con los ojos de la inteligencia y palpar con las manos del entendimiento”, imagino que completaría Gonzalez Pecotche.

Ese conjunto de saberes, valores y pensamientos son los ingredientes o las causas, que generan las consecuentes acciones humanas, y según las distintas proporciones o combinaciones que se tenga internamente de esos ingredientes, así serán las cosas que se hagan. Según la nobleza o la mala calidad de esos ingredientes así será el producto que se pueda elaborar, ni más ni menos. Esto se comprende fácilmente utilizando como ejemplo los conocimientos propios de una profesión u oficio: el carpintero, cuanto más sepa de

maderas, de herramientas, de pulir, lijar y encastrar, de pegamentos, de mecánica, etc..., mejores muebles, artesanías o productos con base en la madera será capaz de realizar. Y así con cada área del conocimiento humano. La deducción primera y sencilla que se desprende de todo esto es que evidentemente uno puede agregar ingredientes para enriquecerse y hacer que la calidad de lo que elabora (sus acciones) mejore día a día, pero también debería preocuparse por quitar todo ingrediente o impureza que rebaje la calidad final de la propia argamasa interna.

No hay que olvidar, por otro lado, que también los ambientes en que cada uno se desarrolla y crece tienen gran influencia en las conductas: un niño criado en una familia dedicada al robo y la violencia, con un nivel moral escaso o nulo, probablemente engrose los ficheros policiales ni bien llegue a la juventud; otro que haya crecido en un entorno de artistas casi con seguridad cultivará también alguna rama del arte; y tal vez otro ser criado en un país de fuerte fanatismo religioso, se verá condicionado por todas las limitaciones y obligaciones que se le impongan ya desde chico. Y así se pueden encontrar otros ejemplos. Cada uno de nosotros podría repasar su propia historia y sacar sus conclusiones.

No obstante lo anterior se entiende que, como seres inteligentes que somos, con aptitud “de fábrica” para discernir el Bien del Mal, (lo que construye de lo que destruye, lo que une de lo que separa, lo que alegra de lo que entristece,...) cada uno es el principal responsable sobre los actos de su vida, tanto los acertados como los equivocados, y más allá de que muchas veces existen factores externos o circunstancias que verdaderamente obligan a actuar de determinada manera, ante nuestra propia conciencia, ante ese altar interno, divino, que nos indica lo que está bien de lo que no, allí no hay excusas, no hay justificativos, y el saldo positivo o negativo que corresponda a cada uno por su conducta queda impreso en su saldo individual.

3. Pasando al terreno práctico, en vivencias de todos los días es posible observar actitudes ajenas que ayudan a uno a definir sin dudas qué replicar en la propia conducta y qué no. Por ejemplo en

los deportes hay quien compite con una actitud caballeresca, noble y de respeto ante el adversario, como por ejemplo se aprecia en el golf, o en algunos tenistas, o en los códigos del rugby aun siendo un deporte de gran rudeza. En la calle se descubren ejemplos de todos los matices: personas desconocidas teniendo actitudes respetuosas, amables, educadas y hasta protectoras por el semejante; en las antípodas, también pululan seres que exudan total desprecio y desconsideración por los demás, ignorancia, animalidad y grados increíbles de barbarie. (Esto es una evidencia incontestable de que la tan declamada igualdad entre los seres humanos es una utopía y hasta contraria al orden natural, pero sería tema para otra ocasión).

Tristemente en la política, área de gran influencia social, que debiera ser la retorta donde se formen grandes benefactores de la humanidad, la tarea de encontrar ejemplos a imitar es bastante mas compleja, pues en la mayoría de los casos a la vista de la Argentina del siglo XXI, el nivel ético-moral que se exhibe es muy bajo, paupérrimo. Su utilidad en este caso estriba en la posibilidad de tomarlo como modelo de lo que no se quiere para la vida.

4. Aunque el panorama general pueda entonces no ser muy alentador si se mira a la humanidad como una masa llevada de aquí para allá por todo tipo de corrientes mentales, si en cambio se enfoca la lente de la observación en los casos individuales, en los individuos con nombre y apellido, entonces allí sí el asunto es diferente.

Afortunadamente hay quienes llegan para equilibrar los platillos de la balanza, individuos que pesan, solos, mucho más que esa masa arrebañada, fácilmente dominable por la tradición, la demagogia y la superstición.

Para dejar de hablar de la conducta de los demás e incorporarse a esta historia de la que cada uno es parte y responsable, es necesario buscar guías, ejemplos inspiradores, rastrear la vanguardia de la humanidad, divisar a aquellos seres que se han constituido en luminarias y que con su ejemplo marcan el camino. Hay que esforzarse por distinguir a los avanzados, a esa falange de

individuos que abre camino, que luchan desde su ubicación, no importa cual sea, y sin excusas ni sollozos hacen que sus días sean dignos y honrosos.

Tengo siempre presente cuánto me atrajo desde chico todo lo que tocara las fibras íntimas del sentir a través de lo bueno, lo noble, lo heroico. Con el andar del tiempo, revivir esas sensaciones felices ha sido un estímulo, una inspiración para tratar de que mis actos guarden ese sentido. Buscando cosas que enaltezcan la vida y se conviertan en un bien para alguien: para mí, para los míos, para otros. Los grandes hechos llevados adelante por otras personas, sean grandes o pequeños, tienen la cualidad de tocar el corazón del que advierte el bien que los inspiró y que en parte le pueda estar llegando a través de los años (basta citar las vacunas de Pasteur, el by-pass de Favalaro, la conducta ejemplar de San Martín). Las vidas de hombres comunes, como nosotros, que se hicieron inmortales inspirados por fuerzas puramente humanas (nunca sobrenaturales ni mágicas) como son la inteligencia lúcida y el sentimiento limpio en pos de un gran ideal, son eternamente inspiradoras y en sí mismas un continuo llamado a tenerlas presente para todos quienes sentimos que la vida está hecha para cosas realmente grandes y trascendentes aun más allá de lo físico.

¿Y quien puede erigirse en ejemplo? Sin pretender encontrar seres perfectos, es posible detenerse en algunas vidas fecundas, cuya conducta general y valores éticos demostrados a lo largo de sus días se pueden tomar permanentemente de ejemplo e inspiración: José de San Martín, René Favalaro, Juan Manuel Fangio, Francisco Pascasio Moreno, Carlos Bernardo González Pecotche, Louis Pasteur, Galileo Galilei, Enrique Gaviola, Manuel Belgrano, y muchos otros. Lo importante que dejan todos ellos en herencia, además de sus obras en sí, es el concepto que despierta en sus semejantes la mención de sus nombres. Si su recuerdo resuena en el corazón de las generaciones que siguen, esas vidas son inmortales, pasan a ser sinónimos de valores, y los valores son eternos.

Admirar, estudiar, conocer y hasta analizar la vida y obra de estos virtuosos, debe llevar a descubrir, percibir y valorar el Bien

que subyace en muchos detalles de la propia vida. Esto hace que naturalmente comience a surgir la gratitud por esas porciones de bien recibido, aun estando bajo grandes luchas. Con ello quizá se sienta gradualmente una tendencia a querer ennoblecer la conducta y empezar a formar parte de los seres que dignifican la especie humana. Esta sola inclinación ya será una gran ayuda para defenderse de la posibilidad de tener conductas indignas de toda persona de bien (pasividad, inercia, mentira, falta de respeto, vanidad, etc, etc.).

5. Pero hay más; es la comprensión que cada uno tenga sobre el sentido de la vida humana, lo que le dará contenido a cualquier esfuerzo que se haga por jerarquizarla. Y esta es para mí una clave. La que da el verdadero sostén al desafío de pulir, mejorar, superar la conducta propia, el propio quehacer. En un Universo plagado de maravillas, el absurdo no tiene lugar. No aporta novedad decir que el ser humano ya sabe, o intuye, desde hace mucho, que existe en este mundo por algo bastante mas importante que comer, dormir, ver televisión y acumular cosas materiales.

Vivir para saber, vivir para aprender, vivir para superarse, ser mejor, y así contribuir al bienestar de la humanidad con la porción del Todo sobre la cual cada uno es responsable: su propia vida, y así dar garantía moral al momento de querer extender al semejante aquello que se sabe o se posee. Ser mejor sería, por ejemplo, acercarse a los valores que no se tienen, y empezar a cultivarlos hasta ser algún día arquetipo viviente de su expresión. Ser mejor para acercarse a los grandes conceptos que hacen de la humana una raza espiritual en permanente cambio y evolución. Los grandes hombres han dedicado sus vidas a trabajar y luchar en diversas causas, que mas allá del fin que persiguieran, siempre estuvieron sostenidas por grandes conceptos: libertad, paz, saber, hermandad, bien, tolerancia, verdad, por nombrar algunos.

No importa la condición o situación de cada ser humano, la conducta siempre se puede mejorar, siempre se pueden hacer las cosas mejor de lo que se hicieron la ultima vez, siempre, claro está, que se trabaje por un objetivo de Bien.

Yo he comprobado la potencia docente que ejerce el ejemplo, cuando transparente sencillez y discreción. El amor con que mi abuelo cuidaba su jardín ha quedado impreso en mi retina y me anima hoy a cuidar y disfrutar del mío; la capacidad emprendedora de mi padre para saber, para aprender, para encontrar soluciones o ayudar a alguien, para seguir luchando luego de un tropiezo, no me ha pasado desapercibido y lo tengo siempre presente. La abnegación de mi abuela; la incondicionalidad de mi madre; la bondad de mi esposa. Estas conductas, mamadas desde pequeño, hacen escuela. Vienen a mi memoria los dichos de Favalaro sobre una de sus abuelas, quien le enseñaba de pequeño los cuidados de la huerta y a “ver belleza hasta en una pobre rama seca” imagen que lo acompañó toda su generosa vida mientras cambiaba la historia de la medicina; o los libros de Francisco Moreno, el glorioso perito que con sus esfuerzos y saber evitó una guerra, reconociendo que era el ejemplo que le habían dejado sus mayores lo que le hacía recobrar fuerzas en momentos de grandes pruebas.

6. Finalmente es imprescindible tomar conciencia de que al igual que se observan otras conductas, la propia también es observada, principalmente por los hijos. Todo lo que ellos vean hacer a sus padres será tomado como la medida de “lo normal” sobre lo cual crecerán y construirán su patrón de referencia. Proyectándolo socialmente, este principio crece en dimensiones cuando la conducta bajo la lupa es la de alguien con gran responsabilidad social por su exposición: un presidente, un juez, un periodista, un deportista, un político, un empresario, etc. En estos casos un buen o un mal ejemplo centuplican su impacto en la sociedad.

Afortunadamente con elevar la vista es posible guiarse por muchos seres que se destacan automáticamente del resto y se consagran en la historia, convirtiéndose en refugio de las personas de Bien. Estos son los que confirman con su proceder las virtudes que llevan internamente, enseñando con su conducta aun mas allá de la tumba. Sólo queda disponerse a hacer lo mismo, asumir la responsabilidad de la lucha en pos de la superación que nos impone

la realidad, y declararse digno heredero de los grandes hombres de la historia. Es un justo y necesario aporte en bien de las próximas generaciones.

Germán Raffetti Bourgaud
Enero de 2015